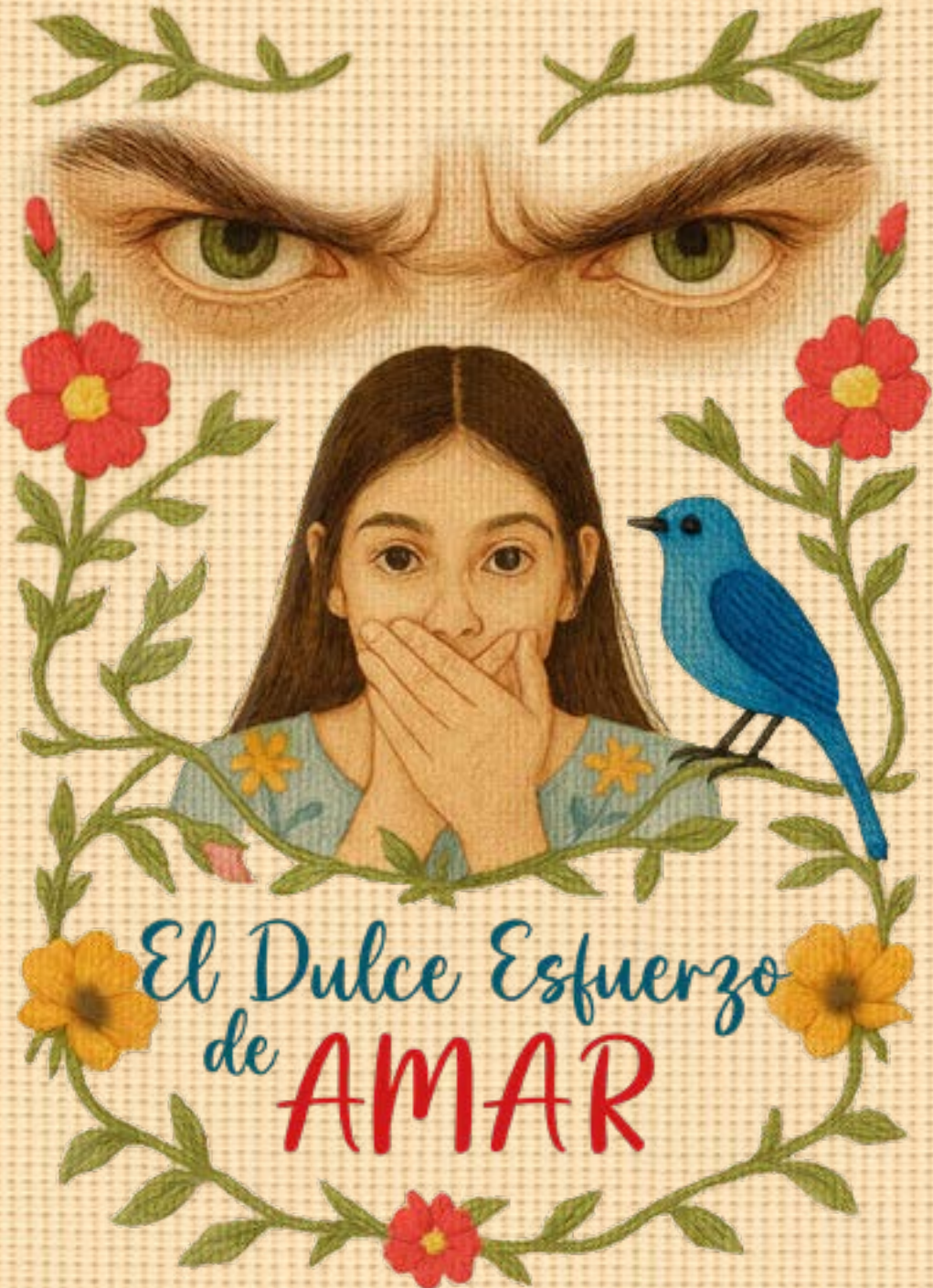




Karla Ron Arévalo

El Dulce Esfuerzo de Amar



Karla Ron Arévalo

Copyright © 2025 Karla Ron Arévalo
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798293659876

Sello: Independently published

Portada:
Concepto: Karla Ron Arévalo
Ilustracion: Natalia Hernández

A Prova y Pedro Emiro



GRACIAS

- A Chelo y Juan Ernesto por ser mis lectores-correctores-cuentacuentos más entusiastas. Su lealtad mantuvo mis dedos en las teclas.
- A Tamara por mostrarme el camino al maravilloso mundo de los libros y guardar cada papelito que encontraba escondido por allí con alguno de mis escritos.
- A Chitty por ser mi fiscal favorita y mi barra más alta.
- A Arturo, por siempre creer en mí.
- A Miranda por ser mucho más de lo que yo soñé.
- A Amanda, Ángela y Mariana por enseñarme que el amor infinito existe.
- A Biby por estar allí, siempre.
- A Matias, Ropo, tía Eu, Pipa... mi grupo de lectura por escuchar mi novela primero que nadie.
- A mi familia Arévalo.
- A Teresa y Ayelen por ser mis lectoras Beta de confianza.
- A Premiere Moisson del Marché Atwater en Montreal por la música, el excelente café y la tranquilidad que me permitieron escribir muchas de las palabras de este libro.



EL INCIDENTE

El ambiente estaba espeso la tarde que todo se torció. Eran casi las dos cuando él empujó con cuidado la puerta de la entrada que estaba sin tranca. *Pueblerinos*, pensó con desdén mientras cruzaba su cuerpo a través del umbral. Aprovechó el refugio que ofrecían las sombras del portal para detenerse a reconocer con cuidado el panorama. Como zorro al acecho, comenzó a transitar el pasillo largo que se aclaraba con cada paso. Mostraba un azul cobalto en las paredes, que se erigía desde el suelo hasta una línea amarilla muy fina que continuaba en un blanco cal, extendiéndose hasta rozar el techo. En el medio del pasillo, una opaca línea de luz que provenía de una puerta lo hizo detenerse, introdujo la mitad de su cuerpo para husmear la habitación, entre claroscuros verificó que estaba vacía. Entornó la puerta y continuó con su tránsito por el pasillo.

Tic, tac, tac, tic, tac, tac... La cadencia taciturna del ventilador marcaba el ritmo lento de la tarde. Una brisa repentina empujó con fuerza la puerta entreabierta de la calle, explayándose de par en par y abriéndole paso a un chorro de luz que se posó sobre la silueta infantil que estaba al final del corredor. Le daba un aire sublime, casi angelical. Él, desde el final del pasillo, la miraba embelesado.

Ella era la única habitante de la casa que estaba despierta, había dormido en la parte trasera de la camioneta todas las horas de camino entre Maracay y Caracas.

Estaba sentada en el suelo, entretenida, vistiendo a sus muñecas de papel, cuando el inesperado ruido que hicieron las puertas la sobresaltó. El fulgor la hizo taparse los ojos con su manita, fue entonces cuando a contraluz distinguió una figura masculina parada en el pasillo.

La niña estaba acostumbrada a vivir en una ciudad pequeña, donde las puertas permanecían abiertas y los vecinos formaban parte del paisaje diario, aunque en ese instante, habría preferido no estar sola.

Él caminó a través de la sala hacia el ángel que estaba sentado en el suelo. Su instinto de comadreja lo hizo recorrer el trecho que lo separaba de la pequeña en silencio, buscando de reojo a los otros residentes de la casa, no quería anunciar su presencia, y arruinar su buena suerte. Cuando estuvo tan cerca se tropezó con la mirada de la niña que lo miraba desde abajo. Se sintió un poco turbado ante la etérea presencia, pues enseguida comprobó que era el vivo retrato de su madre.

Ciertamente, ella era la más parecida de todas las hermanas, con su largo cabello castaño rizado en las puntas, su excelso rostro con una naricita perfecta, ojos profundos y brillantes donde se intuía un universo por explorar.

—¿Hola, sabes quién soy?—dijo con su mirada clavada en la de ella.

—Tí —respondió la niña mostrando dos hoyuelos que se hundían en sus mejillas.

La imagen lo transportó a un pasado del cual se creía recuperado. Entendió que necesitaba perderse en esos ojos profundos que lo invitaban a poseerla, sintió en su bajo vientre la urgencia de unos deseos reprimidos por demasiado tiempo. Vio claramente que sus tormentos seguían en algún lugar su oscuro interior, allí, ocultos, tal vez un poco mitigados por la vida que había vivido, pero igual de profundos y punzantes a como los recordaba.

—¿Dónde están tus papás?—preguntó con un tono casi dulce que pudo haber engañado a un alma menos pura.

—Dodmidos, están mucho cansado—formuló la pequeña con su lengua de trapo, exponiendo toda la inocencia de sus pocos años.

Él sonrió como zorro viejo, y se relamió ante la oportunidad. Le extendió la mano en señal de invitación a que lo acompañara. Ella, buena y obediente como siempre había sido, se puso de pie tomando la mano de aquel desconocido de quien tanto había escuchado hablar. Él, embebido en lujuria, la llevó hasta el cuarto que estaba junto a la entrada, abrió la puerta con mucho cuidado, volvió a revisarlo, para cerciorarse de que no hubiera nadie, condujo a la pequeña al centro de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

En la oscuridad de la reducida estancia que fungía como sala de costura, se arrodilló, clavando sus ojos morbosos en los asustados y cándidos de ella.

Comenzó a manosearla en la entrepierna, mientras hablaba cosas que la pequeña no entendía, pero que le sonaban muy feas. Subió sus manos de lija por sus pequeños muslos, hasta donde su madre le dijo que nadie debía tocar. Le rompió su niñez con la aspereza de esos dedos gordos. El ardor le produjo arcadas, el vómito le subió por su garganta, y aunque quería gritar, su cuerpo estaba invadido por una fuerza helada que le impedía moverse, hablar, llorar. Estaba rígida, no podía ni respirar, solo quería que esa quemazón se detuviera, las piernas y brazos pesaban un mundo. Entendía que aquello no estaba bien, pero no sabía cómo podía pararlo. Se preguntaba dónde estaban sus hermanas, dónde estaban sus padres, dónde estaba su Yeya. Por qué estaba allí sola con ese hombre malo que todos decían que era bueno.

Aquellas manos burdas seguían hurgando en su inocencia, ella no sabía a dónde mirar, estaba demasiado cerca de él, sentía su aliento caliente, ácido, sobre su cara. Cerró los ojos y apretó los labios con mucha fuerza cuando un sonido gutural, como el de una bestia, comenzó a surgir repetidamente de la garganta del hombre, que se tocaba en la entrepierna con cada vez más insistencia con la mano que tenía libre. Ella creyó que se iba a reventar de las ganas de llorar, de vomitar. Una sensación oscura le recorrió las piernas, los brazos, la cabeza, la garganta, arrastrando lo que encontraba a su paso, hasta que todos los humores que estaba reteniendo se acumularon en su vejiga, su cuerpo pequeñito no pudo contener tanta maldad y explotó. Como sustituto del llanto que no lograba llegar a los ojos, del grito que era incapaz de salir por su boca, expulsó a borbotones por

su vagina un líquido espeso, amarilloso y fétido que corrió por sus piernas como cascada.

Con los ojos cerrados, él seguía acariciándose con una mano y regodeándose con la otra, cuando la calidez del fluido lo excitó aún más, el degenerado no se pudo contener y alcanzó un clímax intenso, desconocido, que lo sumergió por unos segundos en un profundo placer que disfrutó a plenitud. Estaba en pleno embeleso, cuando el hedor del llanto maloliente de la niña lo batuqueó a la cara. Asqueado, abrió los ojos y se dio cuenta de que aquella mezcla había cubierto su mano abusadora, desparramándose por su ropa, por su cuerpo.

Comenzó a moverse como una serpiente herida, tratando de limpiarse la viscosidad que continuaba colándose por sus extremidades. Intentó alejarse de la niña, que seguía impávida frente a él, con los ojos y los puños apretados, soltando a borbotones su llanto podrido, pero el hombre se resbaló en el charco que se había formado en el suelo, y aunque trataba con todas sus fuerzas de zafarse de aquel pantano asqueroso, lo único que lograba era embarrarse más.

Después de varios intentos, logró ponerse en pie, pero ya era demasiado tarde, todo su ser se había impregnado del olor fétido de su propia maldad, calando a través de su piel y marcándolo incluso más allá de su muerte.

En ese momento la puerta se abrió.

¿Quieres seguir leyendo?

**Consigue la novela completa en Amazon a partir del 31 de Agosto de 2025
y acompaña a los Arévalo en esta historia que mezcla pasión,
memoria y crítica social en un país que lucha por no olvidar.**